

RECUERDO Y PROYECCIÓN DE LA VISITA A CUBA DEL PAPA JUAN PABLO II

Enero 1999

Ha finalizado el año 1998, un año de especial significado para la Iglesia en Cuba, pues comenzó con la visita del Papa Juan Pablo II a nuestro país. Un año en el cual ha gravitado sobre nosotros, con su carga convocante y comprometedora, una frase del Papa que resultó programática e impulsora de una acción en Cuba y con respecto a Cuba: *«que Cuba, con sus inmensas posibilidades, se abra al mundo, y que el mundo se abra a Cuba»*.

Ha transcurrido un año desde aquel inolvidable 21 de enero en que Juan Pablo II pisara y besara nuestra tierra cubana. Algunos lo miran como un tiempo en el cual nada ha pasado y consideran que el deseo expresado por el Papa pudo haber quedado como una bella frase más. Otros descubren aspectos positivos, dependiendo de los signos que se leen y de la manera de leer esos signos. Ha habido un signo al final del año que ha sido la celebración de la Navidad, no solo de manera excepcional, sino anunciada ya como una fiesta civil que va a perdurar, con las consiguientes posibilidades de participación de los estudiantes, que tienen también en 'esas fechas' sus días feriados. Este es, quizá, el último signo positivo que hemos tenido durante el año pero hubo otros anteriores que deben ser tomados en consideración.

Un signo puede ser sustancial, si lo contemplamos a la luz de nuestra historia pasada y no simplemente por el impacto momentáneo o la realidad escueta que aparece ante la opinión pública. Es imprescindible contextualizarlo en una historia de muchos años que ha tenido momentos muy difíciles en cuanto a la vida de fe de los cristianos en nuestro país. Por ejemplo, el hecho de haber tenido en Cuba varias procesiones de la Virgen de la Caridad, con motivo de la fiesta de la Inmaculada Concepción, o en ocasión de algunas fiestas patronales, puede ser un signo pequeño o no sustancial si uno lo contempla dentro del conjunto de posibilidades que pudiera tener la Iglesia o de nuevas medidas que debieran tomarse en orden a ampliar el campo de acción de los cristianos en la sociedad.

Sin embargo, el hecho de que este signo se produzca en ciudades grandes, en pueblos medianos o pequeños, con una total normalidad en cuanto a la concesión de la autorización, el desarrollo del acto religioso y el fervor y la asistencia numerosa del pueblo, dando así a la gente la oportunidad de recuperar su tradición de hacer manifestaciones públicas el día de la fiesta patronal, adquiere características de algo cercano a lo esencial, es decir, al hecho de que la Iglesia tenga un espacio habitual de presencia pública y de acción en medio de la sociedad.

Hay signos positivos que deben ser considerados atentamente para saber por qué los interpretamos así. El gobierno concedió la autorización para la entrada al país de más de 40 sacerdotes y religiosas el pasado mes de noviembre. Pudiera considerarse que esto no es algo nuevo, pues permisos de entrada a personal religioso se habían otorgado en los recientes años anteriores. Sin embargo, en esta ocasión se logra la autorización a través de lo que pudiéramos llamar una negociación directa con las autoridades. El signo es nuevo, no porque constituya una novedad absoluta en cuanto al hecho mismo, sino en cuanto al modo de llegar a su concreción. Este tipo de acciones preparan una normalización en la vida de la Iglesia en la sociedad, es decir, que nada sea excepcionalmente obtenido, sino que exista una sistematicidad en lo referente a la acción y participación de la Iglesia en la vida social y en su misma acción

pastoral. El camino es todavía largo, pero por él se debe llegar a otras muchas cuestiones puntuales que quedan pendientes y lograr resolverlas.

Una de ellas es la construcción de nuevos templos. En los últimos cinco años, hemos tenido que celebrar misas y administrar los sacramentos en casas de familia, en barrios y pueblos que no tienen iglesia. En Alamar hay cuatro casas donde se celebran los bautismos, la eucaristía, se imparte la catequesis, etc. Sin embargo, los espacios no son suficientes y la dignidad y la belleza del culto reclaman la existencia de un templo. Es necesario construir más de un templo en Alamar, dos al menos, dado el tamaño inmenso que tiene ese barrio. Una parroquia de 50 000 habitantes, en cualquier país, es una parroquia que no tiene ya una dimensión humana. En Alamar hay más de 100 000 habitantes.

En Cuba es urgente la construcción de muchas iglesias, no tantas como necesitamos, porque la asistencia económica para construir nuevos templos sería también gradual; pero deben comenzar a edificarse templos nuevos y no únicamente en La Habana, sea en Alamar o en el reparto Guiteras, sino en lugares como la diócesis de Bayamo-Manzanillo, Guantánamo y muchos otros. La situación es tal que, aunque se construyan nuevos templos, tendremos que seguir usando por mucho tiempo los espacios de las casas de familia.

Otra de las preocupaciones de la Iglesia en Cuba es su acceso habitual a los medios de comunicación. Dirigí un mensaje de Navidad el día 25 de diciembre por radio. Tuve la oportunidad de hablar por radio a nuestro pueblo en la fiesta de nuestra patrona la Virgen de la Caridad del Cobre. Esto es también un signo positivo, pero han sido presentaciones eventuales. Hace falta sistematizar estas emisiones, de forma que pueda haber un programa de radio católico de frecuencia al menos semanal y algún tipo de acceso habitual de la Iglesia Católica a la televisión.

La Iglesia sostiene en todas partes su derecho, que es inherente a su misión, de educar cristianamente y de modo integral a las nuevas generaciones de católicos, según la fe de sus padres. En esto, como en otras cosas, nuestra mirada debe estar puesta hacia el futuro, un futuro que hay que construir paciente y decididamente. Reclamar lo viejo pudiera prestarse a un malentendido con relación al espíritu con que la Iglesia solicita los medios aptos para cumplir su misión. Cuando la Iglesia reclama su acceso a la educación de las nuevas generaciones no pide resucitar viejas escuelas con antiguo estilo, no pide tener de nuevo un colegio de Belén o un colegio de La Salle.

Han pasado casi 40 años desde que dejaron de existir aquellos prestigiosos centros de estudio. El mundo ha cambiado y los modelos de educación católica se han diversificado. Existen en muchos lugares y también existieron en Cuba las escuelas parroquiales en pueblos y barrios, que son escuelas sencillas y accesibles económicamente al pueblo cristiano. En muchos países hay un apoyo estatal a este tipo de escuela religiosa y, además, en muchos otros se da una participación de la Iglesia en las escuelas estatales para enseñar la religión. Son muchas las modalidades que pueden ser consideradas hoy. No hay que volver a esa gran escuela privada, para quienes podían pagar. La Iglesia en Cuba no está pensando en recuperar lo viejo. Contemplamos el futuro con una mirada actual y planteamos cuestiones de fondo, de principio, que permitan esbozar después otras propuestas concretas.

Mientras tanto, la Iglesia trata, por todos los medios, de educar cristianamente y de forma integral a las nuevas generaciones de católicos: por la catequesis de niños, adolescentes y jóvenes, por encuentros y sesiones de estudio, por diversos tipos de educación no formal que incluye a los padres de los niños y de los adolescentes y a estos mismos, haciendo que descubran y aprecien los valores evangélicos, de hondo contenido humano, esforzándonos por crear en ellos actitudes ante la vida de profunda raíz cristiana y humana. En fin, apoyándolos de diversos modos en sus estudios y trabajos, para que se sientan animados e interesados en los quehaceres propios de su edad, en espíritu de servicio a la sociedad y de amor a su país.

La Iglesia tiene mucho que aportar de lo que ella siempre ha suministrado al entramado social en orden a la familia, a los valores evangélicos, que son también humanos, enaltecedores del hombre y benéficos para la sociedad. Por ejemplo, el sacrificio, la entrega a los demás, el pensar no solo en uno mismo, en su éxito personal, en sus ventajas, sino en el prójimo, en los más necesitados, en su pueblo.

La Iglesia siempre ha aportado a la sociedad un sentido de humanidad que le es muy propio al cristianismo en sus 2.000 años de historia. De ahí nuestro deseo de que se amplíe el espacio para la acción social de la Iglesia.

Cuando pasó el ciclón Georges, hubo una gran inundación en el pueblo de San Nicolás de Bari, porque la lluvia fue extraordinaria e inesperada. Inmediatamente, los católicos empezaron a distribuir lo que tenían en sus casas para ayudar a los damnificados. El párroco del pueblo y los párrocos de las iglesias vecinas llegaron con sus automóviles cargados de lo que la gente de las parroquias daba para el pueblo de San Nicolás de Bari, no solo para los católicos, sino para todas las personas afectadas: zapatos, ropas, jabón, detergente y alguna comida para el primer momento, porque el agua arrasó con todo lo que había. Algunos pensaron que se trataba de un donativo que había llegado del extranjero y que la Iglesia estaba repartiendo. Pero se estaba distribuyendo de lo que cada uno tenía en su propia casa. Todo provenía del mismo pueblo y de los pueblos vecinos.

La Iglesia puede aportar a la sociedad ese sentido de solidaridad que se manifestó en aquel momento. Se trata de un valor cristiano que el párroco debe poner en acción junto con toda su comunidad sin esperar que el obispo le avise, porque este es un movimiento espontáneo y normal en un cristiano y quienes contemplan atentamente nuestra actuación deben acostumbrarse a esta reacción rápida de servicio y de apoyo a los necesitados, no solo al nivel del pueblo de San Nicolás de Bari, sino a escala nacional. O sea, esta es una labor para la cual la Iglesia no tiene que esperar órdenes ni recibir donativos. Si tiene estos últimos, mejor, pero si no, su misión será de todos modos ponerse rápidamente en función de servir, crear espíritu de solidaridad entre todos, o mejor, apoyar el espíritu solidario que la gente tiene, pues el cubano, de suyo, lo es en alto grado y lo ha sido mucho en estas épocas de penuria y escasez. Este es un ejemplo que ilustra un modo de participación social normal que la Iglesia debe tener como algo que es propio de su misión.

Cuando queremos explorar el camino que le queda por recorrer a la Iglesia en Cuba para normalizar su vida en la sociedad, debemos hacer un recuento desde el punto de partida de esta situación presente. La Iglesia vivió primeramente un período de ostracismo y ha ido pasando por estadios de convivencia pacífica y una mayor tolerancia, hacia una etapa de presencia más aceptada en la sociedad; que coincide con el reconocimiento, que se extiende a otras confesiones religiosas, de que existe

un sentimiento religioso en el pueblo y de que esta fe religiosa pueda aportar valores a la sociedad.

Los próximos pasos serán aquellos que nos puedan acercar a una concepción clara de que el laicismo del Estado no es un nuevo nombre del ateísmo de Estado, sino que consiste en lo que el Papa Juan Pablo II expresó en su homilía de la Plaza de la Revolución: el Estado no debe entorpecer a ninguna religión ni favorecer a ninguna religión ni tampoco a la no creencia. Todo paso que nos conduzca a esto será positivo. La Iglesia en Cuba aspira a esta modernidad bien entendida en el tratamiento de la cuestión religiosa, en general. De esto resultarían beneficiados los hombres y mujeres de nuestro pueblo que expresan y practican una fe religiosa, las Iglesias, diversas asociaciones de creyentes y el pueblo en general.

El bien de la institución eclesial y de los cristianos que pertenecen a ella no es la única preocupación de la Iglesia en Cuba. La Iglesia existe para servir al pueblo. Sus miembros, obispos, sacerdotes, diáconos, religiosas y todos los fieles laicos que la integran son parte de nuestro pueblo, están inmersos en él, compartiendo los mismos esfuerzos y esperanzas de sus hermanos. Por un elemental sentido de pertenencia y de solidaridad, nos interesa y preocupa la situación económica y social del país, sus crisis y las mejores maneras de resolverlas; Pero, además, en razón de nuestra fe en Cristo Salvador, no podemos dejar de contrastar la realidad que nos rodea con el mensaje exigente, gozoso y reconciliador del Evangelio. La fe cristiana lleva consigo una visión del mundo y una manera de actuar con respecto a las realidades sociales, políticas y económicas que conforman una ética de la persona y de la sociedad. Esta debe ser propuesta, una y otra vez, para que toda la trama de la vida personal, familiar y nacional pueda resultar iluminada por la Palabra de Dios, en especial por el Evangelio, donde Jesucristo nos habla y pone en nuestras manos un proyecto de vida basado en el amor y en la entrega de sí mismo.

Cuando la Iglesia hace oír su voz para exhortar, amonestar o enfrentar situaciones injustas o menos humanas está ejerciendo su misión profética, que, junto con la de rendir el culto debido a Dios y la del servicio caritativo a sus hermanos, integra el quehacer pastoral que Jesucristo le confió.

Esto fue lo que hizo el Papa Juan Pablo II en Cuba cada vez que nos dirigió la palabra, cumplir su misión profética de Pastor Universal, conduciendo al pueblo cubano por caminos de verdad y de esperanza. A esto exhortó a los obispos de Cuba, al reunirse con nosotros en el Arzobispado de La Habana. Esa es la razón de ser de esta Voz del Obispo que llega a ustedes, queridos habaneros, una vez al mes.

Esperamos para este año, y para el futuro siglo y milenio, que la Iglesia sea siempre más escuchada y mejor comprendida en el ejercicio de su misión profética. Este es así. aspecto que no podemos descuidar. El testimonio y la acción de la Iglesia en Cuba deben alcanzar su debida dimensión.

Los invito a seguir creciendo en la acción pastoral; de la Iglesia sobre todo en el cumplimiento de su misión servicial y profética en medio de la nación cubana.

Con mi bendición.